

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 3 DE ENERO DE 1909

NÚMERO 53



LA MEDALLA

Si las cosas se pudieran hacer dos veces...! Pero sí, sí; el tiempo no retrocede ni se estaciona, y el caso de Josué parando el sol no ha vuelto á repetirse. Todo lo que á Alvarito se le ocurrió fué parar el reloj del despacho de su papá para perder la idea de la hora; pero... ¡ni por esas! ¿Cómo ganar en un momento tantos días perdidos?

Y era cosa para tirarse de los pelos. Sus papás volverían de París

á fin de semana, en la última carta se lo decían, añadiendo estas palabras, que se había aprendido de memoria: «Si ganas la medalla en los exámenes, telegrafía; el mejor juguete de París será para el premio.»

¡La medalla... una friolera! El premio de honor, el codiciado por todos, una artística medalla con el busto de Minerva, primorosamente cincelado, y todo esto era nada comparado con lo que significaba para él: ¡el mejor juguete de París! ¿Qué podría ser...? ¿Un automóvil pequeñito, pero como los de veras? ¿Un teatro con figuras de movimiento? Quizá un tren, con puentes, túnel y estaciones; algo muy bueno de fijo, porque para ser el mejor juguete de París, ya tendría que ser... Y el pluscuamperfecto sin entrar, y la suma de quebrados sin salir; empeñado en que Turín era la capital de Turquía, y á todo esto, viernes, fin de semana el sábado, y aquella tarde los exámenes... ¡El caos!

El sonido de una campanada llegó hasta el despacho. ¿Sería una media, ó sería la una? Unos golpecitos en la puerta, y la voz de la doncella que le llamaba á comer, dieron al traste con el reloj parado y con las dudas de Alvarito; cerró el libro, comió mal y de prisa, y una hora después entraba en el colegio.

El ánimo mejor templado se sobrecogía al solo aspecto del salón.

Sobre la tarima, la mesa presidencial, vestida con amplio tapete de terciopelo rojo; tras ella, los sillones ocupados por el rector del Instituto, el señor obispo y el director del colegio, y arriba, en el muro, un rico dosel con la figura del Salvador en la Cruz, brindando al mundo eterno abrazo de paz y redención.

El espacio que dejaban libre los bancos de los alumnos estaba ocupado por las personas invitadas, casi toda familia de los pequeños opositores; sólo dos de ellos estaban solos en tan solemne acto: Alvarito, cuyos papás, como sabemos, estaban en París, y Fernando, mejor dicho, Peña, como le llamaban sus condiscipulos, pues en aquel aristocrático colegio, donde todos se conocían por el nombre, sólo á Fernando, para diferenciarle, le llamaban por el apellido.

Peña era pobre; su padre, guardajurado al servicio del duque de Carrara, murió herido en una montería, dejando huérfano á Fernando, sin más amparo que su pobre madre ni más alegría que un hermanito pequeño. Vinieron á Madrid; el duque, autor involuntario de aquella desgracia, señaló á la viuda una pensión, lo preciso para no morir de hambre, y metió á Fernando en aquel colegio, donde, á cambio de desprecios que nunca merecía, tomaba lecciones que siempre aprovechó.

Examinaban por orden alfabético; Alvarito era de los últimos, pues el director, equitativamente, á todos llamaba por el apellido, y como el de nuestro amiguíto empezaba con Z, por esta vez tuvo que resignarse á no ser de los primeros como en todo se creía.

Unos bien, otros medianamente, llegó el turno á Peña, que, con paso tranquilo, llegó al pie de la tarima. Ni una sola pregunta dejó sin contestar; con tono respetuoso, con sencillez y naturalidad, dijo lo

que sabía, que no era poco, y otra vez ocupó su asiento entre murmullos de simpatía y sonrisas cariñosas del tribunal.

Agotadas varias letras, se llegó á la X; se examinó un desdichado Ximénez del Castrillo que no dió pie con bola; la Y quedó desierta, y llegaron á la Z, de la que sólo era propietario nuestro amigo.

Las trompetas del Juicio final no hubieran sonado más fatídicamente en sus oídos que el «¡señor Zúñiga!» con que le llamaron.

Empezó temblón y como asustado, se embrolló á la primera pregunta, y, puesto ya en el disparadero, dejó tamañitos á los peores de los malos. Dividió la Gramática en cinco partes, y el mundo en tres; como felino citó al canario; confundió las potencias del alma con las operaciones fundamentales de la Aritmética; dijo que el Támesis pasaba por Valencia, y que el litro era la diezmillonésima parte del cuadrante del Meridiano terrestre, y cuando, entre las risas de todos le mandaron sentarse, se echó á llorar, más de rabia por las burlas que de vergüenza por el ridículo en que su ignorancia le ponía.

Procedióse al reparto de premios; fueron distribuidos algunos libros lujosamente encuadernados, unos cuantos títulos de aplicación, y se llegó al gran premio, que, de propósito, dejaron para el último; esta vez la máxima del Evangelio se cumplía. Cesaron los murmullos, y clara y distintamente llamó el señor director: «Fernando Peña». Un nutrido aplauso acompañó á Fernando hasta la plataforma, donde el señor obispo prendió en su pecho la preciosa medalla, dándole después su bendición. El niño besó el anillo de rodillas, y, muy conmovido, volvió á ocupar su siti

Concluirá.





LA MADERA

La madera es la substancia fibrosa, compacta, más ó menos dura y resistente, que constituye la mayor parte del tronco de los árboles y arbustos.

Para su estudio pueden dividirse las maderas en dos categorías: las que proceden de árboles de hoja caduca, ó sea de aquellos cuyas hojas se renuevan todos los años, y las que provienen de árboles resinosos.

Si se corta transversalmente la madera se ve que en el centro está la medula; la corteza, en la parte externa, y entre ambas, la parte leñosa. Alrededor del círculo medular se observa una serie de anillos concéntricos adheridos los unos á los otros, cada uno de los cuales es el resultado de la vegetación durante un año; la corteza está formada por capas sucesivas: cutículo epidérmico y la verdadera epidermis.

Desde el punto de vista químico, la madera se compone de carbono, hidrógeno, oxígeno, ázoe y una parte insignificante de substancias minerales que son, por regla general (pues varían mucho según las esencias que los árboles contienen y, sobre todo, según la constitución del suelo), potasio, magnesia, sílice, óxidos de hierro, sales alcalinas, fosfatos de cal, etc. Si la madera se somete á la destilación, se obtiene el espíritu de madera; contiene carbón y también agua en proporción de 40 partes de ésta por 100 de su peso si se opera inmediatamente después de cortada la madera, y sólo de 25 á 28 partes por 100 si hace un año que se cortó.

La madera se emplea para una porción de usos: ha sido base principal de la construcción de edificios para hacer la armadura de los mismos, y digo que *ha sido* porque hoy se utiliza el hierro á estos fines,

con lo cual ganan las casas en solidez y duración; constituía antes la primera materia en las construcciones navales, ya que tanto la armazón como el forrado de los buques eran de madera, mientras que hoy en ambas cosas se echa mano del hierro, del acero y del cobre; se utiliza para la ebanistería, pues los muebles que usamos sólo con madera están fabricados, al menos en su inmensa mayoría (porque hoy se emplea mucho el hierro y el bronce para hacer camas); úsase para la calefacción de las viviendas, por más de que va extendiéndose el sistema de calentar las casas con vapor de agua, y, por último, como elemento tintóreo, cuando la infusión de algunas maderas ricas en materias colorantes sirve para teñir telas, papeles, etc.

De esta sumaria indicación de las aplicaciones que la madera tiene, y dado que en una porción de industrias en que era elemento principalísimo y único ha pasado á ser mero auxiliar (por ejemplo: la construcción de edificios y de naves, conforme antes indico), parece desprenderse que hoy se emplea menos madera que antes, lo cual si fuera cierto, reportaría un gran bien á nuestro planeta, puesto que ello equivale á la conservación de bosques cuyo número y riqueza va, por desgracia, disminuyendo con demasiada rapidez. Por el contrario, cada año se consume mayor cantidad de madera, porque es base para la fabricación del papel, y es incalculable lo que de éste necesita la vida moderna. Otros enemigos de los bosques, por la mucha madera que gastan, son los ferrocarriles, pues las vías metálicas por donde se deslizan los trenes van apoyadas sobre trozos de madera llamados *traviesas*, las cuáles, á pesar de que la industria ha inventado medios para retrasar su descomposición, sufren menoscabo después de cierto tiempo de uso por causa de la humedad producida por las lluvias, siendo necesario á la seguridad de los trenes el cambiarlas con bastante frecuencia. Las líneas telegráficas y telefónicas, cada día más numerosas y más extensas, consumen también mucha madera, con la agravante de que los postes que sostienen los alambres por donde se transmiten la palabra y el pensamiento humanos, tienen que medir cierta altura, y cada uno de ellos representa un árbol joven que se cortó y que, por tanto, perdióse para siempre.

La ebanistería utiliza una porción de clases de madera para la construcción de muebles, y éstos son más ricos y más caros cuanto mayor es la rareza de la primera materia empleada. Así, los de pino vulgar son los más ordinarios y de menos precio, porque los pinos abundan mucho en todas partes. Las maderas de encina, de castaño, de haya, de nogal y de roble se pagan más, y aun son más caras las que proceden de árboles que no se dan en Europa, como la caoba, el cedro, el ébano, etc. Mediante un procedimiento consistente en serrar en chapas muy delgadas las maderas, se consigue, por un precio relativamente económico, tener muebles cuya apariencia sea la de que están contruídos con maderas finas, pues con esas chapas se forran a maduras de pino, pulimentándolas y barnizándolas luego.

JUAN ANTON.



LAS BONDADES DE NINI

VIII

Pues señor, bueno! ¡Sea usted trabajadora para esto! Y el caso es que no lo puedo remediar; no sé estarme quieta ni jugando con muñecas como otras niñas *sosas*: si no hago algo *útil* no me encuentro á gusto. Ya se desengañará mamá; estoy convencida; ahora lo que ocurre es que á ella la extraña porque soy diferente que las demás niñas, pero en cuanto se acostumbre ya no me reñirá ni nada.

Aquel día comimos sin que pasase nada más que el que me hicieron ir á la cocina, sin razón; verán; todo fué porque á mí me gusta comer la sopa con cuchillo, y luego probé á comerla, como mi gatito, que es precioso y á todos hace gracia porque es chiquitín y se pone muy mono, dando lametones; pues yo también soy chiquita, y mis lametones no hicieron reir.

Pues lo que son las cosas raras, me mandaron á comer á la cocina. Eso no me molesta, no, señor; porque así los criados me dan mucho vino y me como todos los dulces que quiero y mamá no lo sabe.

Bueno; pues después que comimos y bebimos abajo, en la cocina, ¡qué rareza! se pusieron á bailar las sillas y la fresquera y hasta las paredes, y los criados se reían y me miraban á la cara, porque yo la debía tener así... con la boca abierta al ver bailar todos los trastos.

Oímos de pronto la voz de mamá que decía:

—¡Cuiden ustedes bien á Niní mientras voy á la novena!

—¡Adiós, mamita!—la grité yo.—¡No salgo á paseo?

—No—contestó,—que hace mucho frío; mañana saldrás conmigo, si eres hoy buena.

—Está muy bien, mamita; ya sabes que tu Niní es muy buena... Aquí hay un baile muy raro... bailan los pucheros... y las cacerolas, mamá, también las cacerolas, y las sillas, y todo, todo baila; figú-

rate si estaré divertida... Pero ya me va cansando tanto baile...

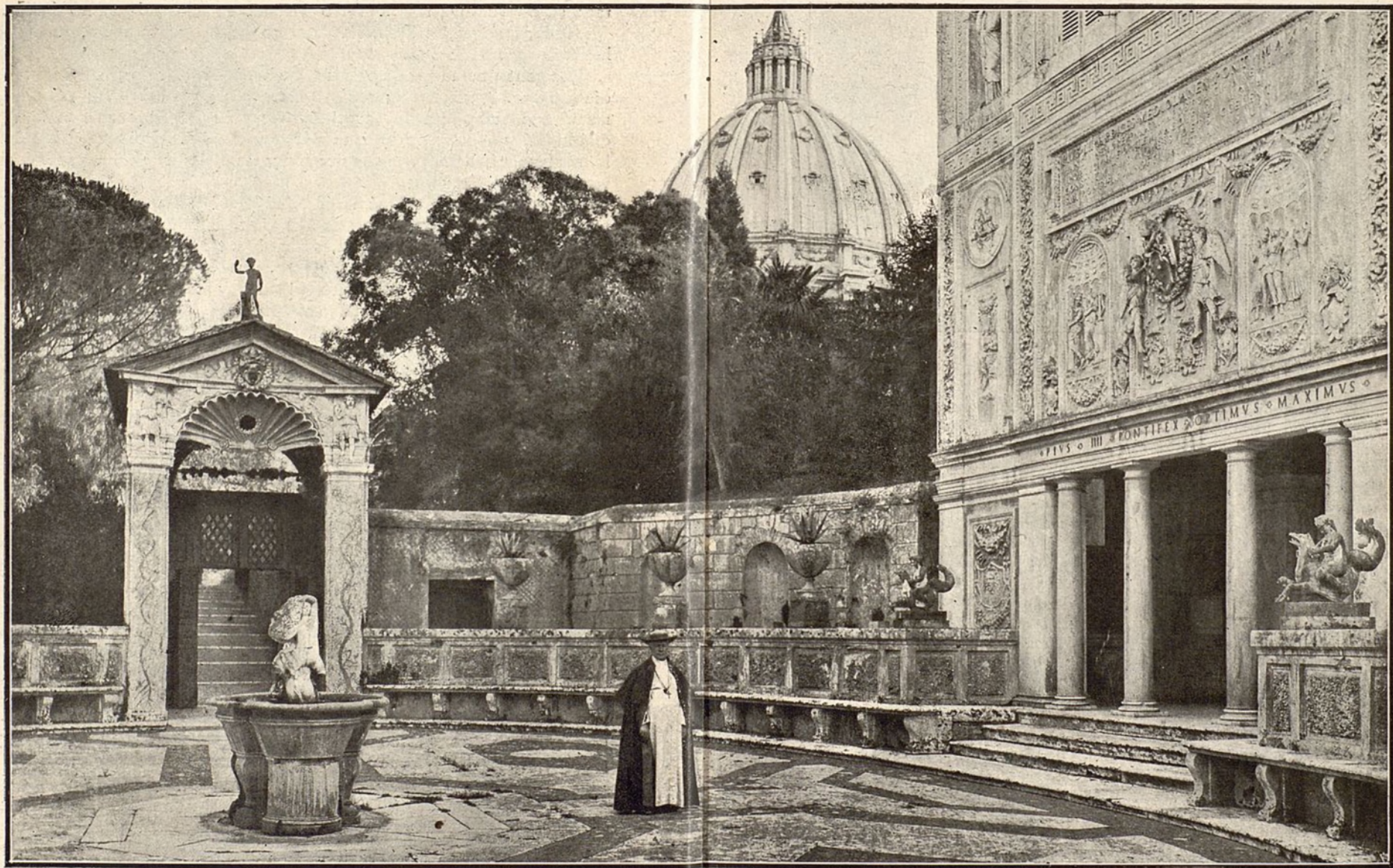
¡Anda, qué gracia! Ya podía estar yo habla que te habla, mamá se había ido y no me oyó.

Qué contenta me quedé porque me había prometido sacarme al otro día á paseo. Nada, nada; me propuse no hacer nada malo para que mamá me cumpliera lo ofrecido. Me subí de la cocina para ver qué hacía, y además porque me mareaba el baile. ¡Qué raro! También la escalerilla bailaba, y las habitaciones de arriba también. ¡Se habían vuelto locos los muebles!

Empecé á pensar: «¿Qué haré? ¿Qué haré?» ¡Tonta yo! ¡Pues si teníamos asunto importantísimo que ventilar! Enterarme de si la caja de instrumentos de papá, que lavé, se había estropeado ó no. Me fui al despacho y allí estaba abierta; ¡claro, papá la había puesto á secar! Asomé la cabeza... ¡huy, cuántos pinchos y cuántas tijeras...! Tenía razón papá al decir que era una caja preciosa, ¡ya lo creo que lo era! No, pues no debía haberse estropeado, porque estaba todo muy reluciente. ¡Si ya sabía yo que lo que yo hago está bien hecho! El terciopelo de la caja, por dentro, sí que estaba mojado, pero en cuanto se secase del todo, quedaría la caja tan limpia y tan ricamente lavada... No, y los pinchos y tijeras parecía que no se habían estropeado, ¡qué se habían de estropear...! Pero en fin, lo mejor era probarlo... Sí, sí, y así, además, aprendería yo como papá á cortar piernas y cabezas y manos... Decidí empezar por mis muñecas, y si me salía bien la operación, podía hacérsela al gato... ¡precisamente era muy chiquitín y tenía un rabo muy largo...! Niní se lo cortaría.

Cogí á las muñecas y una de aquellas tijeras, y luego otra, y además dos pinchos. ¡Qué relucientes! ¡Claro, el lavado! Empecé... muy bien... En un momentito dejé sin cabeza, ni brazos, ni piernas á las muñecas... ¡ajajá...! Ya le preguntaría luego á papá qué hacía él después de cortar cosas. Fui por el gato, que se llama *Morabito* y es negro, y le cogí para quitarle aquel rabo tan largo... ¡Qué tonto! Se conoce que se asustó al ver los pinchos y quiso echar á correr... yo le sujeté por el rabo... él chillaba y corría... se me escapaba de las manos... los muebles bailaban más que de costumbre... Entre el gato... el baile... no sé... un mareo me dió muy grande... muy grande... y grité: ¡¡¡Mamá!!!





S. S. PIO X SALIENDO A LOS JARDINES DEL VATICANO

Del Vaticano se sale á los jardines por un bonito vestíbulo que corresponde al salón del *carro* del Museo, que toma este nombre de un carro de mármol blanco con dos caballos que ocupa su centro. Dicho vestíbulo fué construído por el arquitecto Simonetti en tiempo de Pío IV. Tomando

el camino de la derecha se entra en el jardín llamado de la Piña, construído en tiempo del Papa Julio II, bajo la dirección de Bramante Lazzari, que hizo los dibujos de las cuatro fachadas. En el gran jardín mandó construir Pío IV un lindo *casino* á Pirro Ligorio.

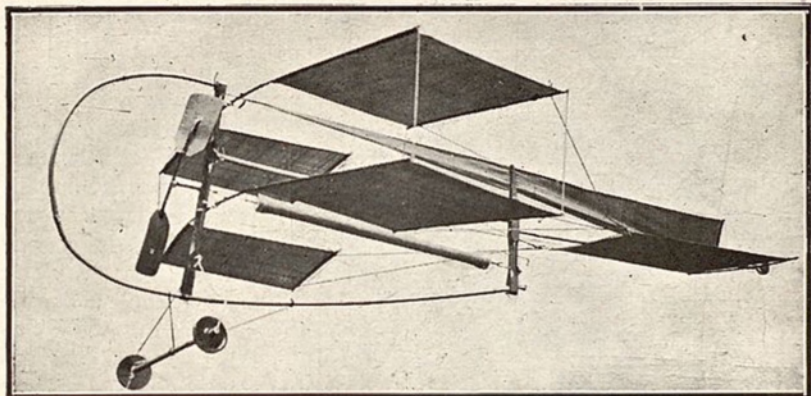


MELCHOR, GASPARY BALTASAR

Una tarde de estas Pascuas
se juntaron á jugar
con los niños del segundo
las niñas del principal.
El abuelo de las niñas,
que es alegre si los hay,
les propuso que jugasen
á un juego muy singular:
A los tres reyes de Oriente,
que por los hogares van
llevando á los niños buenos
juguetes de su bazar.
Mas faltaba un rey, porque eran
los niños dos nada más,
y al chico de la portera
le bajaron á buscar.
Hizo el abuelo á los chicos,
con papel dorado, las
coronas de reyes magos,
y, por mayor majestad,
puso en sus hombros tapetes
á guisa de manto real.
Pero faltaba un detalle;
¿quién iba á representar
al rey que debe ser negro?
—Que se pinte Nicolás—
dijeron todos; y el chico
dijo:—Bueno; ¿qué más da?
El abuelo dió á los reyes
tres cajas, sin enseñar

á nadie su contenido.
—Aquí los regalos van.
Cada niña elija el rey
que la debe regalar,
y el que no fuere elegido
el regalo guardará.
Soledad, Manuela y Julia
eligieron á Gaspar;
Inés escogió á Melchor,
y al negrito Baltasar
no quiso escogerle nadie.
—¿Portero, y negro además?—
exclamaba Manolita.—
¡Cualquiera te va á aceptar...!
—Abranse las cajas—dijo
el abuelo muy formal.
La abrió Melchor, y tenía
cuatro almendras de Alcalá,
que dieron á las muchachas.
Abrió su caja Gaspar,
y había cuatro bombones,
á que dió destino igual.
—La tuya te pertenece,
¡oh, rey negro Baltasar!,
puesto que ninguna niña
escogió á tu majestad.
Nicolás abrió la caja
y se asombró al contemplar
que encerraba cuatro duros,
para el pobre ¡un dineral!

L.

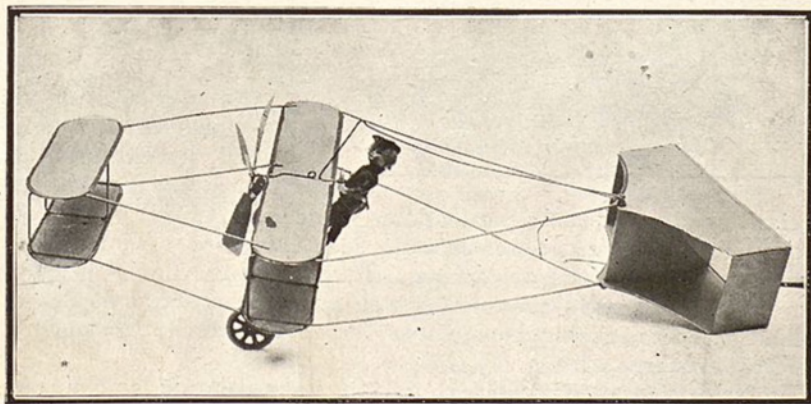


AEROPLANO INFANTIL QUE SE VENDE EN PARÍS Á 29 PERRAS CHICAS

LOS NUEVOS JÜQUETES

Aunque la excelente condición de la gente menuda se contenta con poco generalmente, no desconoce el mérito superior de los juguetes modernos. Muchos de éstos son verdaderos primores de mecánica, capaces no solamente de agradar á los niños, sino de admirar á los grandes.

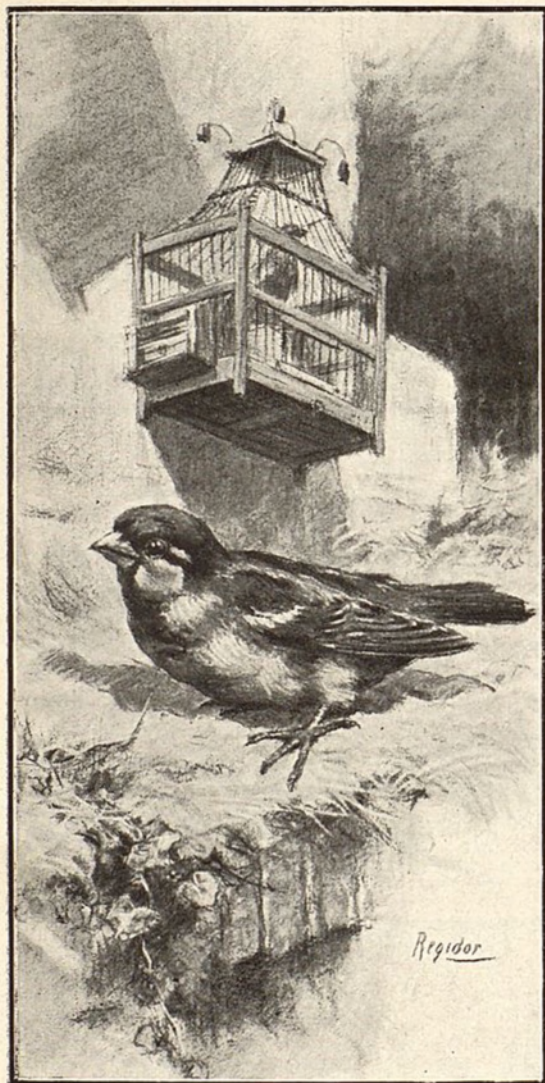
La industria francesa se ha apoderado del reciente progreso de los aeroplanos para construir aparatos de aviación *de juguete*, y ha llegado además á resolver el problema de la baratura con gran contentamiento de grandes y chicos. Hay unos aeroplanos del tipo de los inventados por Wriqth que cuestan seis francos 55 céntimos; pero el *record* de la baratura lo recorre otro modelo que se vende ahora muchísimo en París. ¿Quién no tiene aeroplano por la cantidad de 29 *perras chicas*?



AEROPLANO DE JUGUETE, SISTEMA WRIGTH, Á 6.55 FRANCOS

Ayuntamiento de Madrid

EL CANARIO



Estando el hermoso canario de doña Pascuala puesto al sol, dando al aire las más brillantes y conmovedoras notas de su arpada garganta y alisándose de vez en cuando con su sonrosado piquillo las doradas plumas de sus alas, acertó á posarse en los hierros de su jaula un hambriento gorrión, que, con las más corteses razones, le pidió unos granos de alpiste. Dióselos conmovido el canario, y, apenas satisfizo el gorrión su necesidad, trabóse entre los dos una animada plática, en la que cada cual contó su vida y milagros. La del canario era, por cierto, bien monótona, ya que toda se reducía á comer, beber, dormir, cantar y saltar de palillo en palillo; pero, en cambio, la del gorrión, ¡qué llena de emocionantes aventuras!, ¡qué colmada de raras é inauditas peri-

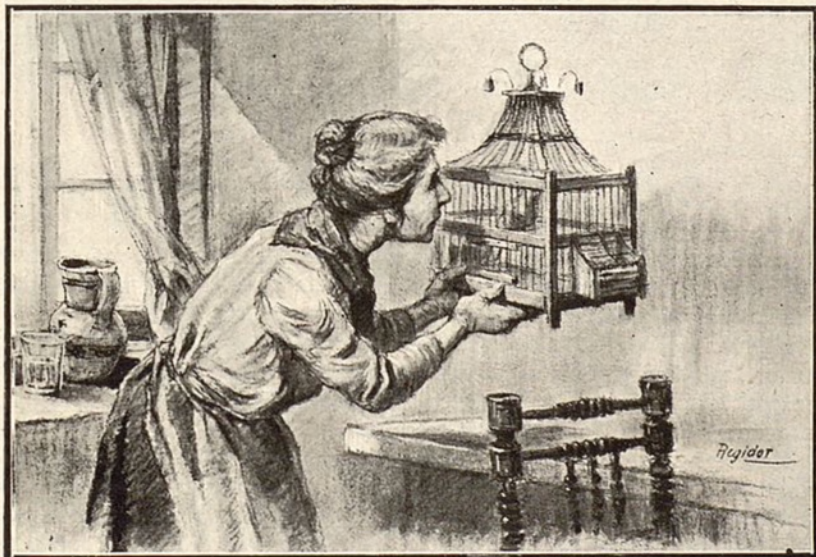
pecias!, ¡qué pródiga de encantadores peligros..! Alejóse el gorrión, y quedóse nuestro canario enamorado de la vida libre y sin trabas de que gozan las avecillas del arroyo. El, en cambio, podía asegurar que no vivía. ¿Acaso—como le decía su amigo—sus hermosas alas se habían hecho nada más que para ensayarse en la estrechez de aquellos malditos alambres...?

En los días sucesivos acudió el gorrión, y, en pago de la abundante provisión de alpiste con que le obsequiaba el canario, narróle nuevas

y extraordinarias cosas, y acabó de hacerle que aborreciera su cómoda existencia de tal manera que, aprovechando un día cierto descuido de su ama, se escapó de la jaula, y, saliendo por el abierto balcón, uniéndose á su compañero en el alero de un tejado.

—Ya puedes gozar de la hermosa libertad—le dijo el gorrión.—Ya puedes volar de la ciudad al campo. Ya eres libre, amigo mío...

Lo primero que hizo el canario fué cantar como nunca, con tal brío en los arpegios, con tal claridad en las notas largas y con tan gracioso quebrar la voz en los garganteos, que más de cuatroavecillas se pararon envidiosas á escucharle. Después batió las alas y empezó á volar en todas direcciones, y aunque, por la falta de costumbre, no lo hacía con mucho garbo ni ligereza, ingenióse de tal modo que no quedó rincón ni agujero de la vecindad que se escapara á su curiosidad; pero cuando, despierto el apetito por el insólito ejercicio, se encontró con que toda la libertad que disfrutaba no podía proporcionarle más que unas miserables migajas; cuando, llegada la noche, hubo de acostarse con el estómago hambriento entre un rollo de viejas esteras abandonadas



en un desván, renegó de la vida aventurera, y, en cuanto amaneció, le dijo al gorrión, entre pesaroso é irónico:

—Mira, amigo, yo me vuelvo á mi jaula bien provista de agua clara y limpio alpiste. Yo me vuelvo á los mimos de mi dueña, á sus terrores de azúcar y á sus caricias. Para ti esta vida de libertad, y para mí, la de prisión. En el mundo unos nacemos canarios y otros gorriónes, y en vano es que queramos trocar los papeles que nos dió Naturaleza...

José A. LUENGO.



LA FIESTA DE NAVIDAD EN UNA ESCUELA DE ALEMANIA

NACIMIENTO EN EL CAMPO

Los niños que con musgo y ramaje tratan de dar aspecto campestre al peñasco de corcho ó papel encolado de su Nacimiento, no saben que hay un país donde el Belén se celebra en el campo.

Existen en Alemania unas escuelas instaladas en plena selva, en las cuales los niños y niñas que á ellas concurren se desarrollan al mismo tiempo intelectual y físicamente, pues aquella estancia en el campo les sienta admirablemente para su salud.

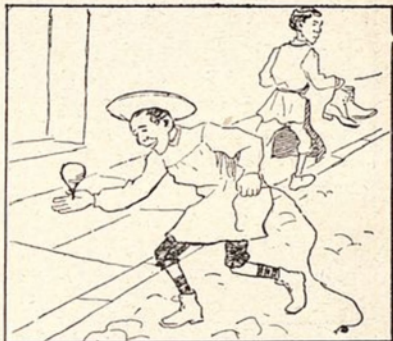
En estas escuelas campestres, la celebración de las Pascuas de Navidad tiene un carácter original é interesante. En el bosque se instala el árbol de Noel lleno de juguetes y luces de colores, y en largas mesas cubiertas por blancos lienzos se colocan los regalos que las personas pudientes de los alrededores envían para los niños de las escuelas.

Después de la exhibición y revista, por decirlo así, de los donativos, uno de los profesores da una conferencia sobre el gran acontecimiento de la venida del Mesías, que toda la cristiandad celebra. Con las figuras de la Sagrada Familia, los pastores que acuden al portal llevando sus humildes ofrendas y los sabios reyes de Oriente, que con su acompañamiento de criados y camellos vienen siguiendo la estrella que al portal de Belén los guía, el profesor les va explicando detallada y amenamente la fiesta de la Natividad.

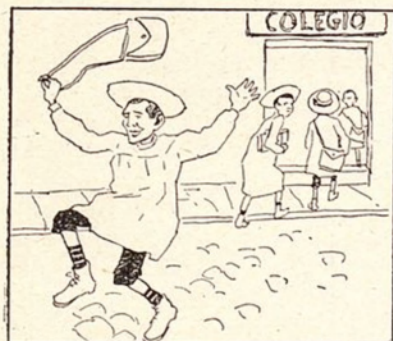
LOS DOS AMIGOS



—Quédate conmigo á jugar al peón— decía Vicente á su amigo Esteban, aprendiz de zapatero.



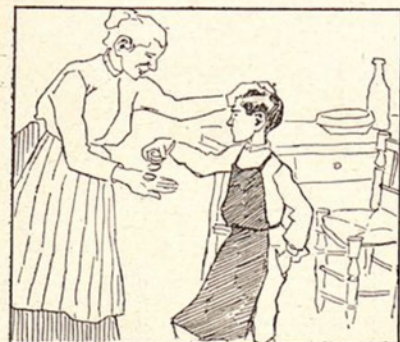
Pero éste, que tenía que entregar unos brodequines, no le hizo caso y dejó solo al holgazán.



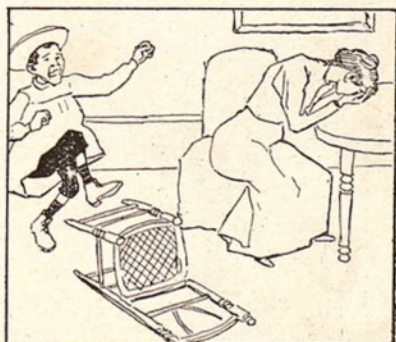
Llegó en esto la hora del colegio, y Esteban, en vez de entrar como sus compañeros, hizo novillos.



—¡Qué tonto!—decía al poco rato al ver á Esteban trabajando á la puerta de su tienda.—¡No juega nunca!



Esteban, al volver á su casa, entregó á su madre el jornal que le había aumentado su maestro.



En cambio Vicente volvió á su casa tan ganso y tan enredador como siempre, con gran disgusto de su madre.



Esteban, del dinero que le daban los domingos, solía hacer obras de caridad con los necesitados.



Vicente se los gastaba en una tagarina que le emborrachaba y ponía enfermo.



Siempre distintos los dos amigos, Esteban adelantaba en su oficio, y no tardó en ser oficial.



Vicente se entregaba a la bebida y más de una vez tuvieron que echarle de la tasca á escobazos.



A los veinte años Esteban Carlos era dueño de un establecimiento, del que obtenía buenas ganancias.



A la misma edad, Vicente, pobre, enfermo y medio ciego, tenía que implorar la caridad.